

# PESTALOZZI

## VIDA Y OBRAS

Selección antológica a cargo de  
**L. Luzuriaga**



PRESENTACIÓN .....9

**PARTE PRIMERA**

**ENSAYO BIOGRAFICO-PEDAGOGICO**

I. Infancia y juventud de Pestalozzi ..... 15  
 II. Asilo para los pobres ..... 31  
 III. Pestalozzi escritor ..... 39  
 IV. Escuela de huérfanos en Stanz ..... 53  
 V. Institutos de educación de Berthoud  
 y Munchen-Buchsée ..... 69  
 VI. Desde la fundación del Instituto de Yverdon hasta la  
 muerte de madama Pestalozzi ..... 87  
 VII. Desde la muerte de madama Pestalozzi hasta  
 la supresión del Instituto de Yverdon ..... 107  
 VIII. Últimos años y muerte de Pestalozzi ..... 125  
 IX. Propagación del método de Pestalozzi ..... 137  
 Apéndice ..... 159  
 A Enrique Pestalozzi. Oda ..... 161  
 Notas ..... 167

**PARTE SEGUNDA**

**SELECCION ANTOLOGICA**

Presentación ..... 175  
 1. Educación general y humana  
 («La velada de un solitario») ..... 177  
 2. Educación especial y profesional  
 («Leonardo y Gertrudis») ..... 187  
 3. Educación natural, social y humana  
 («Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza  
 en el desarrollo del género humano») ..... 199  
 4. Educación intelectual  
 («Cómo Gertrudis enseña a sus hijos») ..... 211  
 5. Educación moral  
 («Una ojeada a mis ensayos pedagógicos») ..... 225  
 6. Educación religiosa  
 («El canto del cisne») ..... 233  
 Notas ..... 237



**D**ado que este volumen de la colección "CLASICOS CEPE" posee una estructura distinta a la del resto de volúmenes entiendo que requiere una breve explicación.

En primer lugar, me parece conveniente afirmar que es nuestra intención publicar íntegramente las principales obras del insigne pedagogo que fue Pestalozzi, pues entiendo que hoy poseen absoluta vigencia a pesar de los años transcurridos.

Sin embargo, nos ha parecido oportuno publicar primeramente esta obra porque estoy convencido de que es imposible comprender la riqueza y profundidad de la obra de Pestalozzi sin antes conocer a fondo su vida, ya que, a diferencia de otros autores, la vida y la obra de este pedagogo son las dos caras de la misma moneda.

Ahora bien, el problema radica en encontrar una obra serena, objetiva, documentada y seria, en la que ambos polos (biografía y obra pedagógica) estén analizados conjuntamente. Esta cuestión, justo es reconocerlo, me llevó por la "calle de la amargura" durante varios meses, pues a pesar de lo mucho que hay escrito sobre Pestalozzi, ninguno de los tratados me parecía que reunía esos requisitos que he mencionado antes.

Afortunadamente, una tarde fría del invierno madrileño, en la que me entretenía escudriñando las viejas casetas de madera de la "Cuesta Moyano", tuve la suerte de encontrar un pequeño libro impreso por la Imprenta de D. Victoriano Llerando en el año 1862, cuyo autor o autora, por los motivos que fueren, había escrito el mejor y más completo ensayo sobre la vida y la obra de Pestalozzi sin atreverse a firmarlo con su



nombre y apellidos completos. El modesto autor o autora del ensayo que publicamos íntegramente en la primera parte de esta obra sólo se había atrevido a poner sus iniciales (D. P.P.).

Nada más leer ese magnífico trabajo me di cuenta de que mi problema estaba resuelto. Por ello, en nombre mío y en el de todos los lectores y lectoras de esta obra, no me queda otro remedio que agradecer a este anónimo autor o autora el valioso trabajo que llevó a cabo hace siglo y medio.

Evidentemente, este volumen habría tenido entidad suficiente con el contenido de dicho ensayo. No obstante, considero que resulta mucho más enriquecedor al haberle añadido, en la segunda parte, la publicación de la magistral selección antológica de las obras de Pestalozzi que hizo Lorenzo Luzuriaga en el año 1931, publicada por la editorial "Publicaciones de la Revista de Pedagogía". Los criterios adoptados por Luzuriaga en la selección de los textos de las obras de Pestalozzi, fueron expuestos por él, en el prólogo de dicha obra, tal y como podrá comprobarse a través de la lectura de la presentación que ofrecemos en la segunda parte de esta obra.

SANTIAGO MOLINA GARCIA



PARTE PRIMERA



**ENSAYO  
BIOGRAFICO-PEDAGOGICO**

por  
D.P.P.



editorialcepe.es



**P**estalozzi es una gran figura en la historia de la educación popular.

Nuevas doctrinas han venido a sustituir a sus teorías como a las de otros Maestros y escritores ilustres; pero sus escritos y sus obras serán siempre consultadas con fruto.

La educación, por la confianza, por el amor y por el desarrollo espontáneo de las facultades interiores, que constituía todo su sistema, se desacreditó en sus propias manos; pero contiene y contendrá siempre provechosas enseñanzas.

Su vida de privaciones y contrariedades, llena de amor para todos, y en especial para los pobres y los niños, animada sólo por la idea de reformar el género humano por la educación, con una fe en sus principios y con una perseverancia a prueba de la perversidad y la ingratitude más inexplicables por parte de todos a cuantos hizo bien y de los resultados más estériles, su vida es una lección y un consuelo para cuantos siguen sus huellas.

Con qué convicción, con qué generosidad, con qué modestia, olvidando las miserias humanas y el mérito de sus propios trabajos, defendía su doctrina, atribuyendo el mal resultado de su Instituto de Clydi a su propia torpeza, al decir exagerando su incapacidad: «Desempeñaba yo el papel de Abad en el Monasterio cuando sólo debía haber sido el asno del convento!».<sup>1</sup>

Al ceder al librero Cotta de Stuttgart el derecho de hacer una edición de sus obras mediante la suma de 200.000 reales,



de familias italianas salieron del Bergamasco para refugiarse en Suiza, donde formaron pronto, por el ascendiente de sus luces, de sus industrias y de sus fortunas, el origen de una aristocracia poderosa. Entre ellas se hallaba la de Pestalozzi, que se fijó en la parte alemana, estableciéndose en Zurich, donde adquirió grande importancia.

En aquella ciudad nació, el 12 de Enero de 1746, Juan Enrique Pestalozzi, cuyo padre, Juan Bautista, ejercía con mucho crédito la profesión de médico-cirujano. Su madre, Hotze de Biechterwyl, pertenecía a una excelente familia del Cantón, de que era descendiente el general Hotze, muerto en 1799 en la batalla de Schannis.

Aún no tenía Enrique seis años de edad, cuando enfermó su padre gravemente. Conociendo éste por su saber y experiencia en el arte de curar que no sanaría, llamó a su lecho de muerte a una criada prudente, trabajadora y piadosa, que había entrado a su servicio hacía algunos meses, y que había ganado su confianza por las buenas y patriarcales costumbres que en ella distinguía, y por los cuidados maternales que dispensaba

a sus hijos. «Babeli, le dijo, por piedad y por amor de Dios, no abandones a mi mujer después de mi muerte; sin tu auxilio no podrá educar a sus hijos, y si te retiras temo que caigan en manos duras y extrañas.—No abandonaré a mi señora, le respondió la criada con sencillez, permaneceré a su lado hasta la muerte, si necesario fuere». Estas palabras tranquilizaron al enfermo, que exhaló el último suspiro sin inquietarse por la suerte de su familia.

Madama Pestalozzi quedó viuda con dos hijos y una hija de menor edad, sin desalentarse por la pesada carga que sobre ella caía. Dedicose en cuerpo y alma a la educación de sus hijos, y como el fallecimiento de su marido la había reducido a medios de existencia muy limitados, vivía retirada con la mayor economía. Babeli cumplió su promesa. Hasta su muerte ayudó admirablemente a la pobre viuda, y en las ocasiones más difíciles desempeñaba su penoso servicio con una perseverancia, una circunspección y una prudencia digna de los mayores elogios. Toda su ambición consistía en ocultar a los ojos de todos el estado de estrechez al cual había quedado reducida aquella familia por la falta de su jefe, porque abrigando la confianza de que su nuevo amo heredaría un día la posición que su padre había ocupado, procuraba conservar cuidadosamente todas las apariencias exteriores que debían ayudarle a la realización de sus esperanzas.

Pestalozzi quedó privado por la muerte de su padre de la educación varonil y sólida que sólo los hombres pueden dar. Encerrado en el cuarto de su afligida madre, apoyado en sus rodillas, privado de toda comunicación exterior con los niños de su edad, abandonado a sus propias ilusiones, creció sin ocasiones favorables para adquirir el tacto de mundo, la experiencia de los hombres, el conocimiento de las cosas que no puede adquirirse más que por el trato social. En cambio se desarrollaba en su cuerpo débil una sensibilidad profunda, y los más vivos sentimientos de gratitud por los cuidados de Babeli; saboreaba las dulzuras del hogar doméstico en cuyos límites estaba concentrada toda su existencia, y si la falta de la

dirección paterna no le permitió contraer pronto los hábitos necesarios para la vida de hombre, descubrió por experiencia propia toda la eficacia de la *influencia materna*, y con el recuerdo del tierno afecto de una pobre criada, avivaba los sentimientos generosos que le condujeron toda su vida a mostrarse el amigo celoso y el abogado de las clases inferiores de la sociedad.

Pestalozzi no dejaba la casa materna más que para estar algunos días en el campo, en la de su abuelo, que vivía tranquilo y retirado en el pueblo de Hong, del cual era pastor. Una dulce piedad, una profunda inclinación a la sencillez de las costumbres primitivas, una ardiente caridad, una solicitud profunda por la instrucción de los niños de su parroquia, tales eran los rasgos distintivos del carácter de aquel digno ministro que amaba tiernamente a su nieto, y le inculcaba sinceros sentimientos religiosos. Pestalozzi se consideraba muy feliz cuando iba a visitar al buen pastor, y recordando aquellos tiempos repetía frecuentemente después, «que para inspirar a los niños verdadero temor de Dios, basta hacerles vivir entre verdaderos cristianos.»

Durante su permanencia en Hong, nuestro Enrique, que tenía cerca de diez años, acompañaba a su abuelo en las visitas que este hacía a los enfermos y a los pobres de la parroquia. Le seguía a la Escuela cuando iba a informarse si el Maestro cumplía con sus deberes respecto a la enseñanza de la lectura, de la escritura, de la recitación, de las oraciones, de los pasajes de la Biblia y del catecismo. Observaba entonces la solicitud con que el buen anciano escogitaba medios para concordar la educación de la Escuela con la de la familia, todo lo cual hacía tal impresión en Pestalozzi, que un año antes de su muerte recordaba con delicia aquellos primeros años de su vida.

En sus cortas visitas, renovadas cada año, se entretenía con los aldeanos, iba a sus casas, a sus establos, a sus campos, los veía trabajar ayudándoles frecuentemente en sus faenas, se mostraba compasivo y generoso con todo lo que sufrían,





privándose más de una vez de su almuerzo para darlo a algún pobre mendigo.

La pena que le causaban los sufrimientos de sus semejantes, su bondad, su complacencia, su abandono, valieron a Pestalozzi el afecto general de sus condiscípulos, cuando se vio precisado, contra su voluntad, a separarse de su madre diariamente para asistir a las lecciones de la Escuela elemental. Rara vez tomaba parte en los juegos de sus compañeros, porque por su torpeza los trastornaba, y prefería retirarse a algún rincón para pensar más cómodamente. Aquella voluntaria reclusión no provenía de esos caracteres melancólicos, tristes o egoístas que, incapaces de sentir más que el bien propio, ven el de los demás con sentimiento de odio. Aparte de esto era franco y leal, y aunque objeto frecuentemente de burlas y de motes entre sus compañeros que se mofaban de su poco cuidado y de sus costumbres excéntricas, siempre estaba dispuesto a serles útil, aunque al servirles corriese algún riesgo personal.

A pesar de su timidez, a pesar de su disposición de ánimo dulce y casi femenino, desde muy joven dio pruebas de valerosa abnegación; así es que en 1756, cuando el temblor de tierra que produjo el espantoso desastre de Lisboa, y que se hizo sentir en casi toda Suiza, las sacudidas fueron tan violentas en Zurich, que Maestros y discípulos huyeron en desorden de la Escuela en que estaban reunidos, fuertemente conmovida. Pasado el pánico general, nadie se atrevía a entrar en el edificio en busca de los objetos que el temor había hecho abandonar y Pestalozzi se encargó de misión tan peligrosa, mostrando tal sangre fría, y tal abnegación que impresionaron vivamente a todos.

En clase se mostraba indiferente, atolondrado, distraído, pues la rutina seguida en la enseñanza era poco a propósito para arrancarle de las ilusiones a que le conducía su activa imaginación. Sin embargo, así que se presentaba a su espíritu alguna idea razonable y clara se apoderaba de ella, la retenía inmediatamente, y su penetración le hacía descubrir en ella hasta lo que no se le había enseñado; pero si era uno de los

mejores discípulos de la clase en cuanto pertenecía a la esfera de la imaginación, era incapaz de cosa buena en lo que estaba sujeto a reglas; escribía de un modo ininteligible, y cometía faltas de ortografía tan groseras, que su Maestro llegó a predecirle que jamás haría nada bien.

Con tales disposiciones, con el carácter que le conocemos, no era de esperar de Pestalozzi un gusto decidido, una predilección marcada por el estudio en tanto que estuviese bajo el yugo de la rigurosa disciplina de la Escuela y de una enseñanza falta de interés; pero así que llegó a la edad en que, según la costumbre, tuvo que dejar la Escuela para dedicarse a los estudios clásicos, se entregó con ardor y fruto al de las lenguas antiguas, que eran entonces como todavía lo son hoy, la condición indispensable para seguir una carrera liberal.

La educación que recibió en las Escuelas superiores contribuyó en gran manera a dar a su carácter la energía que debía causarle más de un disgusto en el desempeño de su carrera filantrópica. En el Colegio de Humanidades, seguía las lecciones de Bodmer, de Breitinger y de Steinbruchel, que en aquella época exaltaban la imaginación de los discípulos, predicándoles los principios de la libertad y de la igualdad, excitando su patriotismo, invitándoles a sacrificarse por la causa del país; y ejercían tal influencia en aquella ardiente juventud, que sentía y pensaba como hubiera podido sentir y pensar la juventud romana.

Pestalozzi y algunos amigos suyos llevaron la aplicación de estos principios hasta la locura: para endurecer su cuerpo, para habituarse a una abnegación completa, se acostaban en el suelo, sin más abrigo que sus vestidos, sin otra almohada que las piedras, sin otro alimento que yerbas y hojas; pero muy pronto uno de ellos, no pudiendo soportar tal género de vida, sucumbió en la prueba, abriendo así los ojos a sus compañeros de locura.

De este modo se desarrolló en el alma de Pestalozzi un amor inquebrantable por la justicia y la verdad; y todo lo que hería



este sentimiento excitaba en él el deseo de corregir los abusos y de combatir la opresión. No tenía aún más que catorce años cuando proclamaba en voz alta el deseo de resistir al yugo que la ciudad de Zurich quería imponer a los habitantes del Cantón. Algunos años después salía victorioso de una lucha sostenida contra la injusticia de uno de sus Profesores; más tarde todavía, denunciaba a la autoridad la disolución y licencia que reinaban en una Escuela de la capital.

Una información vino a comprobar la verdad de lo expuesto; pero como al revelar los males solicitando su reforma, rehusó tenazmente comprometer a los que le habían puesto en el camino de descubrirlos, cargó sobre sí con toda la odiosidad, lo cual le precisó a retirarse a casa de su abuelo.

A pesar de este contratiempo no se desanimó, porque a la energía de su alma, se unía tal elasticidad y perseverancia, que le hacían levantarse con nuevas fuerzas después de la caída.

Durante su forzoso retiro en casa de su abuelo, su corazón gemía al ver los sufrimientos de las clases pobres, y el desprecio con que eran tratadas. Oía por todas partes las palabras ya proverbiales, de que «todo el mal venía de la ciudad» y aunque natural de Zurich, se prometía para cuando fuese hombre, secundar con todo su poder los esfuerzos de los aldeanos, para reconquistar sus derechos menospreciados y volver al goce tranquilo del bienestar de que les habían privado injustamente las usurpaciones de la aristocracia de la ciudad.

«Desde mi juventud, decía Pestalozzi, uno de los rasgos de mi carácter era ser afable, bueno y bondadoso, y entregarme con ilimitada confianza a los hombres que me rodeaban; y como circunstancias desgraciadas me hicieron conocer pronto, por experiencia propia, las privaciones de una viuda y de los huérfanos, y como vi en mi edad de inocencia, el abandono y la opresión de las clases pobres, excitaron estas en mí profundas simpatías. Dominado de ardiente celo por aliviarles de su miseria, investigué con la mayor solicitud, como debía

hacerlo un discípulo de los Bodmer y de los Breitinger, y un contemporáneo de los Iselin, de los Tchiffeli, etc., etc., las causas del mal que rebajaba al pueblo de mi patria mucho más de lo que debía y podía ser rebajado.»

Todos estos actos de la juventud de Pestalozzi debían ejercer grande influencia en él, cuando llegó a la edad en que después de haber terminado sus estudios clásicos estaba en el caso de elegir carrera. Su familia le destinaba al ministerio pastoral como el medio más directo para un joven de buena familia, de obtener una situación respetable en la sociedad. El amor profundo que abrasaba su corazón, la piedad recta y sincera en que le habían imbuido las lecciones y ejemplos de su madre y de su abuelo, y la cándida sencillez de su alma, le inclinaban a seguir las miras de sus padres, y a los diez y ocho años empezó los estudios de teología.

Esta carrera parecía la más a propósito para satisfacer las nobles aspiraciones del alma de Pestalozzi. Su amor fuerte y sincero a la justicia, su tierna simpatía para con los débiles o para con los que sufren, eran eminentes cualidades para predicar el Evangelio a los humildes, para consolar a los afligidos, para animar a los corazones quebrantados y para instruir a los ignorantes. Pero al subir al púlpito para pronunciar su primer sermón se intimidó; las fuentes de su inspiración tan fecunda después, parecían secas, le abandonaba la memoria, y el mal resultado obtenido en este primer ensayo, en el cual se había apartado de todas las formas acostumbradas, le hizo comprender la necesidad de renunciar a una carrera que por otra parte no presentaba campo bastante a la grande actividad de su espíritu.

En efecto, Pestalozzi no hubiera podido realizar todas las miras de reforma que se proponía, encerrado en los límites de un pueblo, y bajo la dependencia de las autoridades eclesiásticas. Quería restablecer en beneficio del pueblo entero los sentimientos de verdad y justicia; y pareciéndole que la dicha de sus conciudadanos estribaba en un gobierno bueno y pru-



dente, aspiraba a examinar los actos de la autoridad, esclarecer el poder y defender los intereses de las poblaciones; pero como para realizar su pensamiento era necesario conocer las leyes, investigar su origen, enterarse de sus fundamentos, resolvió estudiar Derecho. Abrazando esta carrera se encaminaba al mismo fin, variando solamente de rumbo.

Dedicose con ardor a sus nuevos trabajos, y no sólo estudiaba la legislación vigente, sino que leía las crónicas antiguas, consultaba los títulos de las libertades helvéticas, recogía notas para redactar una historia patriótica, que fue para el pueblo una colección de ejemplos de virtudes civiles y domésticas, estudiaba y comparaba las legislaciones antiguas, y la primera obra que hizo imprimir en este período fue un ensayo sobre la *Constitución de Esparta*, que es un indicio de la dirección de su talento y de profundidad y erudición en sus investigaciones.

A la misma época es preciso atribuir un trabajo en el cual indicaba la marcha funesta del gobierno, y los remedios, a su entender más eficaces, para curar los males del pueblo. Pero habiéndose anticipado un amigo suyo a publicarlo, el gran Consejo de Zurich mandó arrestar a este amigo. Gracias a la actividad de Pestalozzi que se lo previno a tiempo, pudo fugarse; pero este acto de oposición vino a aumentar los sentimientos de rencor que tenían a Enrique los hombres a quienes combatía, cuyos actos y tendencias contrariaba enérgica y atrevidamente.

Pestalozzi no se circunscribió a estudiar y a escribir; sino que para conseguir su objeto empleaba todos los medios de que podía disponer. Así es como le vemos asociarse con su amigo y discípulo el célebre Lavater, que participaba de sus generosas convicciones, para acusar ante el Senado de Zurich a uno de sus miembros, al gran baile Grevel, que se señala en la administración por los actos más escandalosos de cohecho y de injusticia. La opinión pública le acusaba en todas partes sin conseguir jamás justicia. Aquel baile tenía vínculos de parentesco con muchos miembros del gobierno, y su carácter

altivo y violento inspiraba tal temor que nadie osaba acusar a un hombre cuya posición parecía colocarle sobre las leyes. Lavater, Pestalozzi y algunos otros amigos suyos se atrevieron, a pesar de todo, y consiguieron la destitución del funcionario infiel y avaro que se vio obligado a salir del Cantón, y a indemnizar a sus víctimas de los perjuicios que les había causado. Algunas otras reclamaciones dirigidas por Pestalozzi contra varios pastores y contra un jefe de las corporaciones de trabajadores, dan testimonio bastante de la actividad que desplegó para corregir los abusos donde quiera que se manifestasen.

Contábase entre sus amigos un jurisconsulto joven muy instruido, llamado Bluntschli, que se había asociado a sus trabajos y esfuerzos para combatir los abusos que notaban en la constitución y marcha del gobierno de Zurich. Esta asociación producía muy buenos resultados, no solamente porque sus esfuerzos combinados obtenían mejor fruto, sino también porque Bluntschli había moderado el ardor apasionado y las inquietudes que agitaban a Pestalozzi. Admitiendo con él los extravíos del gobierno, y aceptando sus planes para reformar la Iglesia y el Estado, había hecho ver también a nuestro fogoso patriota que si el pueblo era desgraciado, él se tenía la culpa. En efecto. ¿No corresponde a las Asambleas populares la elección de los funcionarios del gobierno, y no era culpa del pueblo, después de haber prestado juramento de no elegir más que hombres rectos e íntegros, tener siempre algún motivo para dar su voto a hombres que en lugar de protegerle, le oprimían cada vez más?

Tales consideraciones llevaron insensiblemente a Pestalozzi a comprender que para libertar a las clases inferiores del yugo de hierro que las oprimía, era preciso comenzar la reforma por abajo en lugar de atacar los abusos por arriba; entreveía que el origen de la pobreza y de la miseria del pueblo, provenían principalmente de la falta de desarrollo de sus facultades morales e intelectuales. Una nueva luz brilló a sus ojos. Bluntschli le había revelado el modo de llegar con seguridad al



objeto a que tendía con tanto afán y perseverancia; y lo que no había podido hacer como pastor, como jurisconsulto, ni como publicista, podía hacerlo como Maestro de Escuela, y sin saberlo se convirtió en instrumento de aquella bella idea de Leibnitz: «Siempre he creído que se reformaría el género humano, reformando la educación de la juventud.»

Desgraciadamente para Pestalozzi, Bluntschli no pudo secundarle en tan bella empresa, porque padecía una enfermedad del pecho que le consumió lentamente. Próximo a morir llamó a Pestalozzi. «Enrique, le dijo, muero dejándote abandonado a tí mismo; te aconsejo no sigas ninguna carrera que pueda serte peligrosa a causa de tu confianza y sencillez. Abraza una profesión tranquila, y no te dediques a la menor empresa sin tener a tu lado un hombre prudente y fiel, que conozca a los hombres y a las cosas. Sin esta precaución irás demasiado lejos, y esto podrá ser peligroso para ti.» Bluntschli murió después de haberle dado este consejo profético, que olvidó sin duda, porque hasta cincuenta años después, cuando sus cabellos habían encanecido por consecuencia de los reveses de la fortuna, no encontró Pestalozzi a Schmid, hombre que le habría salvado de muchas desgracias si le hubiera conocido antes.

La muerte de Bluntschli causó profundo dolor a Enrique, pero no contuvo los ímpetus de su alma. Convencido luego de que un cambio de régimen no bastaría para constituir la felicidad del pueblo, pensó formalmente en los medios de reformar su educación, a fin de que pudiera cumplir bien con sus deberes y de hacerle digno de gozar de sus derechos.

Estando impresionado con este pensamiento, cayó en sus manos el *Emilio* de Rousseau. Su lectura era a propósito para sostener sus ilusiones entusiastas, para robustecer sus convicciones y para destruir todas las dudas que hubiera podido abrigar sobre la exactitud de sus planes; pero si estaba acorde con el filósofo de Ginebra sobre la necesidad de reformar la educación del pueblo, de darle conocimientos más sencillos y

más naturales, buscaba en vano en su obra los medios prácticos para conseguirlo. Y como no era posible que hallara un número de Maestros proporcionado al de discípulos, trató de descubrir el camino más seguro para llegar a su objeto. Su delicada constitución, resentida por una aplicación excesiva, por falta de ejercicio, por privación de sueño, no pudo soportar tantos trabajos, y una grave enfermedad vino a interrumpir sus ardientes pesquisas.

Si el mal le impedía leer, no le era posible detener el torrente de sus ideas, y en el lecho del dolor trazaba planes de educación propios para realizar sus proyectos, con el fin de prevenir los infinitos males que entreveía en un porvenir poco lejano. El vigor de su alma, la energía física de la juventud hicieron frente a la enfermedad; pero una vez restablecido, tomó la resolución de hacer ensayos hasta encontrar los medios más prácticos, más sencillos y más naturales para mejorar al hombre por medio de la educación.

Como primer resultado de su determinación, inmediatamente después de su convalecencia, arrojó al fuego todos sus papeles y todos sus escritos sobre la legislación, la historia y la política. Disgustado de los sistemas filosóficos, no quería consultar ningún libro; en sus nuevas tentativas no quería más Maestro que la naturaleza. Prescindiendo de todas las consideraciones humanas, se proponía tomar todas las cuestiones en su origen, estudiarlas exento de preocupación anterior y de espíritu de sistema; en una palabra, pretendía investigar cuál debía ser el camino trazado por la Providencia para la educación de la especie humana.

No es ahora ocasión de exponer todo lo que hizo para llegar a este punto de vista; pero podemos decir que el plan adoptado no se circunscribía únicamente a hacer penetrar los medios de enseñanza mejorados y simplificados en la habitación del pobre; no aspiraba sólo a influir provechosa y moralmente en la dicha doméstica del pueblo, sino también a colocarlo en posición de mejorar su situación material dándole los medios



de aumentar sus cortas ganancias, esperando que la reunión de la enseñanza moral y del trabajo práctico mejorados cambiarían la condición de las clases trabajadores, y que llegaría así más fácilmente a la regeneración social que eran sus ilusiones.

Para conseguir este doble resultado decidió dirigirse primeramente a los niños del campo porque formaban casi la totalidad de la población, y porque les faltaba más que a los de las ciudades buenos métodos de enseñanza; además de que dirigiéndose a ellos, sus experimentos sobre la índole de los niños debían ser más exactos y mucho menos contrariados que acaso lo serían haciéndolos con los de las ciudades. Podía además encontrar con mayor facilidad una ocupación uniforme y útil para sus discípulos dedicándolos a los trabajos de la agricultura, que son los únicos a los cuales parece que la naturaleza debe haber destinado a la raza humana.

Si Pestalozzi hubiera tenido que circunscribirse a la primera parte de su plan, si no se hubiera propuesto otro objeto que vivir con sus discípulos como un buen padre que sólo pretende escudriñar y dirigir sus inclinaciones, y habituarlos al orden y al trabajo desenvolviendo sus facultades intelectuales y morales, hubiera podido con su corazón y su talento poner inmediatamente manos a la obra; pero carecía de conocimientos especiales de agricultura, y educado casi constantemente en la ciudad, absorbido por estudios de distinta naturaleza, le hubiera sido imposible dar una enseñanza agrícola práctica. Esta nueva dificultad, sin embargo, no le detuvo: siendo necesario el conocimiento de la agricultura para el logro de sus miras, resolvió estudiar la agricultura.

Había entonces en Kirchberg, cerca de Berna, un propietario llamado Tchiffeli que había adquirido gran reputación introduciendo en sus posesiones el cultivo de la rubia, que prometía ser una fuente de grandes productos para Suiza en donde no se había aclimatado todavía; y a él se dirigió Pestalozzi para consultarle acerca de su objeto, para pedirle instrucciones y para hacer el aprendizaje de los medios prácticos que necesitaba conocer.

El nuevo género de vida seguido en Kirchberg contribuyó mucho al restablecimiento de su salud, y al reposo de su alma. La vida activa y al aire libre había reemplazado a la vida sedentaria de la ciudad. La cándida sencillez se encontraba muy bien en contacto con la naturaleza y con los hombres ingenuos que le rodeaban; a medida que se aproximaba a las costumbres patriarcales de honrados labriegos, recuperaba aquella inocente tranquilidad, aquella seguridad de sensaciones que caracterizaban su infancia y que había sentido disminuir a medida que se dejaba dominar por los complicados resortes de la organización social, y esta experiencia propia le confirmaba más y más en el pensamiento de que el empleo del trabajo agrícola debía entrar por mucho en la ejecución de sus planes de reforma.

Después de permanecer un año en casa de Tchiffeli, Pestalozzi creyó haber adquirido la capacidad indispensable para dirigir un establecimiento agrícola, y necesitando tierras para principiar sus ensayos gastó el módico patrimonio que su padre le había dejado, que ascendería a unos 100.000 reales, en adquirir a bajo precio en el territorio de Birrfeld, comarca apartada de toda habitación humana, unas 200 fanegas de tierra baldía, perteneciente al convento de Koenigsfeld y destinada a pastos hacía bastante tiempo. Empezó por construir una habitación a la cual tituló Neuhof, que significa la Quinta nueva.

Tenía entonces veinte y dos años, y con toda la energía y todas las esperanzas de la juventud emprendió el cultivo de su propiedad, que exigía mucho tiempo de constante trabajo para ponerla en estado de producir, y a pesar de todos sus esfuerzos, tuvo que asociarse con una rica casa de Zurich para explotar la posesión que destinó al cultivo de la rubia.

Por aquel tiempo se enamoró de la hermana de un compañero suyo, hija de un rico comerciante de Zurich, llamado Schultes. Ana era bella y rica; Pestalozzi no tenía más que vagas esperanzas fundadas en el resultado de Neuhof; su fisonomía no ofrecía



ningún atractivo, su sencillez le había ya atraído el desdén y las burlas de sus conciudadanos; por eso el casamiento parecía imposible. Sin embargo, la bondad de sus sentimientos y su excelente carácter habían interesado el corazón de la noble joven, que apreciaba en mucho el ardiente celo por el bien de la humanidad de que Enrique había dado tantas pruebas, y se conceptuaba dichosa en poder compartir las desgracias y la suerte de un hombre con cuyos planes estaba completamente de acuerdo.

Esta unión ofrecía dificultades, y Pestalozzi no se atrevía a presentarse a Ana sino cuando sus asuntos le llamaban a casa de su padre; pero si no podía verla frecuentemente, podía al menos escribirle y por una extensa carta que nos ha quedado de aquella época, se demuestra claramente que su correspondencia tenía por principal objeto darse a conocer tal cual era, y exponer con entera franqueza los planes futuros a que deseaba asociarla.

«Debo confesaros francamente, le escribía, que mis deberes de ciudadano serán para mí más sagrados que los de esposo, y que las lágrimas de mi mujer no me impedirán cumplir lo que la patria me exija; mi corazón le pertenece, y ningún temor humano le impedirá hablar, si necesario fuese para su bienestar.»

«Fuera de este deber, que coloco en primera línea, ninguna otra circunstancia podrá apartarme del amor y del afecto de un buen esposo. Permitidme añadir que mi vida no se pasará sin empresas importantes y delicadas y que lo ensayaré todo para disminuir y hacer soportables la miseria y necesidades del pueblo. Creo de mi deber exponeros los peligros que vais a correr si la suerte me fuere adversa...»

«Acabo de hablaros con franqueza acerca de mi carácter y de mis proyectos; reflexionadlo bien: si los rasgos característicos que os he pintado cumpliendo mi obligación, disminuyen vuestro afecto hacia mí, no estimaréis menos mi sinceridad, y

no dejaréis de apreciar la nobleza del sentimiento que me impide abusar de vuestra ignorancia acerca de mi carácter y de mis defectos para llegar al logro de mis más queridas aspiraciones. Decidid si podéis entregar vuestro corazón al hombre que tiene tales defectos, que está colocado en tal posición; decidid si podréis ser dichosa uniéndoos a él.»

No asustó a la joven semejante perspectiva; antes por el contrario, se mostró decidida a contraer este matrimonio, consiguió neutralizar las dificultades que a él se oponían, y el 24 de Enero de 1769 se desposó con Pestalozzi.



editorialcepe.es

NEUHOF (1769 a 1780)

## ASILO PARA LOS POBRES

**D**espués de su casamiento Pestalozzi se fue a vivir con su esposa a Neuhof en donde todo le anunciaba un porvenir dichoso. Los primeros resultados fueron en efecto muy satisfactorios, pero bien pronto vino a introducirse el mayor desorden en su administración. En lugar de construir una casa acomodada a su objeto, el arquitecto echó los cimientos de una magnífica habitación a la italiana, cuyas columnas hacían sonreír a sus vecinos. Por otra parte, procedía con tanta ligereza en la explotación de la heredad, entendía tan poco las cuestiones de detalles, miraba con tal desdén las cuentas, era tan poco previsor, tan ciego y confiado, tanto que las personas que había colocado al frente de la empresa abusaron de su debilidad y comprometieron sus intereses. Advertidos los consocios de Zurich, enviaron a Neuhof peritos encargados de enterarse de la administración, y el resultado de esta visita fue apresurarse a retirar sus fondos y abandonar a Pestalozzi a sus propios recursos.

No se desalentó por eso, y no pudiendo, por falta de capitales bastante considerables, continuar el cultivo de la rubia, resolvió establecer una lechería. Sus campos se cubrieron de alfalfa, pero en vano; pues esta segunda tentativa fue





infructuosa, y comprendió que era preciso renunciar a tales empresas.

Durante estos ensayos agrícolas, Pestalozzi no abandonaba sus primeros proyectos; al contrario, su trato diario con las clases pobres le había hecho ver mejor el estado de miseria intelectual y moral en que estaban sumidas lamentándose del desorden y de la miseria que eran su natural consecuencia. Veía extenderse la mendicidad con profundo sentimiento, y mientras que los gobiernos de Suiza, mientras que los hombres encargados de la dirección moral de la nación estaban sumidos en profundo letargo, Pestalozzi, que vivía en medio del pueblo, que veía la degradación a que descendía rápidamente; Pestalozzi que buscaba los medios de detener el torrente, se afirma más y más en la convicción de que se podía combatir el mal e impedir su aumento, reformando la educación popular, mirada con deplorable y criminal abandono.

En efecto, había tratado de encontrar remedios en las medidas tomadas por los gobiernos aristocráticos de la Suiza para secar la fuente de los sufrimientos del pueblo. Todos admitían la mendicidad y el vicio como males necesarios, y lejos de combatirlos se circunscribían a reducirlos a los límites y formas de un sistema regular, fundando instituciones que, en lugar de disminuir tales miserias, las alimentaban y provocaban.

Pestalozzi no fundaba grandes esperanzas en el progreso de la industria y en el aumento de la riqueza pública para mejorar la condición de las clases pobres. Hubiera sido preciso que cerrase los ojos para no ver que jamás en ninguna época anterior, la industria y la riqueza de Suiza habían alcanzado tan alto grado de prosperidad, que jamás sus recursos habían crecido tan considerablemente; y sin embargo, lejos de mostrarse algún síntoma de perfección, las masas habían caído y caían diariamente en un estado más profundo de inmoralidad.



**A**fortunadamente, cada vez son más los profesores universitarios que incitan a sus alumnos a que se adentren en la lectura de los textos originales e íntegros de aquellos autores que han marcado los grandes hitos de la historia de la educación.

Sin embargo, el problema principal con que se encuentran esos profesores innovadores y rigurosos es que no suelen existir en el mercado ediciones actuales y asequibles de las obras de dichos autores. Evidentemente, a la vista de esa carencia, ningún profesor universitario mínimamente ético se atreve a recomendar (y no digamos a obligar) a sus alumnos tales lecturas, sabiendo que ello no va a ser posible, sobre todo en ciudades donde tampoco hay bibliotecas públicas especializadas en temas psico-pedagógicos.

Con el fin de solventar ese grave problema ha nacido esta colección, pretendiendo convertirse en una apreciable ayuda didáctica para los profesores y alumnos universitarios de las Ciencias de la Educación y, en general, para todos aquéllos que se interesen por la vasta problemática de la infancia. Como puede comprobarse, el valor actual que puedan tener las obras publicadas, se acrecienta notablemente gracias a la introducción crítica que acompaña a cada una de ellas, siempre escrita por alguna primera autoridad científica, tanto en el tema tratado como en el autor elegido.



COLECCION  
CLASICOS CEPE • 2